

su caballo para leer sus versos a Girolamo Muzio, y del pecho, todo bravura e intrepidez, de un Garcilaso brotarán las modulaciones de « La flor de Guido » y en él encontrarán eco las más dulces cadencias virgilianas.

Nación donde un Fray Juan Padilla, al verse cercado de indios belicosos, hace huir a los fieles que le acompañaban y entrega orando su sangre; donde un Fr. Juan Ramírez sale de Santa Fe, a pie, sin armas, rehusando escolta de soldados, llevado del deseo de fundar una misión entre los indios acomas, y al llegar, exhaustas sus fuerzas, después de muchas jornadas, al pie de la ciudad indígena y verse recibido por una lluvia de flechas, ve también despeñarse en la cima una niña de quienes así lo recibían, y se olvida de su vida para ir a salvarla, conquistando con ello la más salvaje de las tribus para nuestra Fe, nuestra lengua y nuestra España; España, que es por tales rasgos la fusión en unidad del apostolado, del martirio y del heroísmo, y que por ello, en aquel mismo siglo, para gloria inmarcesible del Arte español, mereció que mientras en Flandes la pintura abundaba en plebeyez, y el pincel italiano no lograba desprenderse de un algo pegajoso de sensualidad, la Reina de los apóstoles y de los mártires, la Señora de los héroes de España, mostrase su faz immaculada a la intuición de Murillo.

Apostolado, martirio, heroísmo y virtudes todas de España que se sintetizan en la abnegación, en la fidelidad a la Cruz, aquella Cruz que Pizarro, el más representativo de los héroes españoles, cuando los traidores cargan juntos sobre él, y de causado no puede menear la espada, y una estocada en la garganta le

